

jueves, 21 de septiembre de 2006

Juana Castro y los cuerpos oscuros



CARMEN MORENO

En 1793, Pierre-Simon Laplace publica una versión compactada de su *Mecánica celeste*, en el que explicaba las consecuencias de la gravitación universal para el Sistema Solar y su formación a partir de una nube de polvo y gas.

Dentro de este libro hace especial hincapié en aquellas estrellas que habían aparecido súbitamente, habían brillado sobremanera durante unos días y, después, habían desaparecido: "(...) existen pues, en los espacios celestes, cuerpos oscuros tan considerables y quizás en cantidades tan grandes, como las estrellas". Éstas que se vuelven invisibles son las que ahora llamamos supernovas (estrellas que, después de estallar, arrojan parte de su masa al espacio interestelar y su núcleo, que permanece en el lugar de la explosión, se vuelve un cuerpo oscuro, un cuerpo que no deja escapar luz).

Laplace, en siguientes ediciones, eliminó toda referencia a estos y fueron olvidados hasta que Einstein formula su teoría de la gravitación.

Todos sabemos que de la astrofísica a la poesía no hay más que una delgadísima línea, por eso Juana Castro (Villanueva de Córdoba) toma la idea y la nomenclatura de *Los cuerpos oscuros* (Hiperión, 2005), para su magnífico poemario ganador del XXI Premio Jaén de Poesía.

Juana Castro colabora en diversos medios literarios como articulista y crítica literaria, además de co-traductora de poesía italiana. Ha obtenido importantes premios como Premio Juan Alcaide en 1985 por *Paranoia en otoño*, Premio Juan Ramón Jiménez por *Arte de cetrería* en 1989, XI Premio Carmen Conde por *No temerás* en 1994 y el Premio San Juan de la Cruz por *El extranjero en el año 2000*. El resto de su obra está contenida en *Cóncava mujer*, *Del dolor y las alas*, *Narcisia*, *Alta traición*, *Alada mía* y *Del color de los ríos*.

Se establece, en *Los cuerpos oscuros*, un paralelismo metafórico entre los cuerpos oscuros de Laplace y las personas vilipendiadas por el Alzheimer. Personas que acaban proyectando la oscura crueldad de la desmemoria: "Pero acaba el viaje./ Y hay que ir hacia atrás/ des-aprendiendo nombres,/ des-conociendo pájaros y trenes,/ des-memoriando calles,/ rubores y palabras".

Declara Juana Castro en una entrevista: "Los cuerpos oscuros son, en el universo, el precedente de los agujeros negros. Las estrellas explotan, pierden gran parte de su corteza, y se quedan flotando en el universo con solamente su núcleo, sin luz. Parece una imagen de lo que sucede en el cerebro con las personas que padecen este mal: pierden parte de su corteza cerebral".

Dice García Montero que para ser poeta hay que aprender a mirar, que es, justamente, lo que hace Castro. De una historia real, la de sus padres, crea un universo poético que nos envuelve en la tortura que es la pérdida de identidad propia y ajena. Y lo consigue situándose tanto en la que sufre la enfermedad como la que ejerce de testigo de cargo. Tal vez, esa sea la razón de que el libro se nos antoje tan lleno de verdad.

Con el agua como trasfondo y excusa para unos recuerdos que embiten la rutina acompañada de una existencia perfectamente delimitada: "... Yo les doy/ de beber, les unto/ de pomada y de aceite/ la piel roja del coxis/ y a las doce los pongo en el balcón". En realidad, el agua aparece como expresión de muerte ("del agua de los ríos que van a dar al mar"), de purificación ("Que el hilo azul del sauce/ se destrece en el agua"), como nostalgia ("Y es tan tarde y nos llueve")... La humedad licuada como elemento inasible, como la memoria y su contrario.

El libro se divide en cuatro partes, con una estructura exquisitamente matemática y nada aleatoria, que sigue una secuencia poemática de: 1-20-20-1 (apunte filológico que en nada les ayudará a sacar lo mejor del libro). A lo largo de esta estructura de espejo desteje la poeta cordobesa una vida que se levanta como un fantasma ante los ojos aterrados de quien observa los resquicios del silencio pretérito: "Para todo lo que/ no pudiste decir y ya no existe./ Para ti, madre mía, desarbolada y ciega".

El no ser, como lo llama Julia Uceda, se desviste del presente y se entrega sin remedio, porque la luz no es más que un atisbo de los latidos que alguna vez fueron: "Si otra vez soy un niño,/ y en este laberinto de manzanas/ ando solo y me pierdo."

Con la palabra exacta y el verbo mutado en luz que ya no va marcando un camino cierto, se acerca Juana Castro a un espejo que remite a un submundo lleno de abismos: "Soy el pozo. La bruma/ que no sabe,/ que no sabe el camino, muy adentro,/ allí, donde a veces, quizá/ llegan perlas y voces".

Es en estos lances cuando la conciencia se hace presente y la poeta se resiente ante la persona que se desdobra en el recuerdo de la mujer (el poemario gira en torno a una segunda persona femenina, quizá la madre de Juana Castro que también sufrió esa enfermedad, aunque no es éste, desde luego, un anecdotario) que respiró y anduvo; y la que pierde sus pasos y sus sonrisas por una rendija del descrédito. Como siamesas condenadas a coexistir: "Pero es un cuerpo lleno/ que me arrastra a la música,/ que se asusta y esconde/ sus migajas, carne, copia/ que acusan mi conciencia/ (..)Porque ella es mi hermana, pero me pesa tanto".

Un libro que nos muestra el dolor sin tapujos, pero que queda muy lejos de la sensiblería hueca y del patetismo vano, con un pulso poético firme y contundente que se aleja de lo autobiográfico como referencia histórica, sin base firme para un

hilo conductor que se nos antoja claro y preciso.

Un poemario, en definitiva escrito desde la verdad poética, del noble arte de trascender y emocionar ("y le puse agua fresca/ al corazón de todos los relojes") para susurrarnos desde el primer verso que "ya nada es lo que era"